

Neoliberalismo y reproducción social: la nueva arena de la lucha de clases

Dra. Meysis Carmenati González¹

Resumen

El objetivo de esta participación es explorar el término neoliberalismo que ha logrado eludir los adjetivos, de los cuales su impresión es tan fuerte y clara que sus manifestaciones se repiten a modo de esquemas que traspasan y absorben regiones geográficas, marcos culturales y políticos diversos. A fin de entender las relaciones estructurales que el neoliberalismo y nuevas estrategias de adueñamiento por expropiación se aborda desde el impacto y pilares del proyecto político transnacional, es decir los Tratados de Libre Comercio que ha exigido una serie de ajustes financieros en economías dependientes y periféricas, que reproducen el capitalismo del siglo XXI, los cuales regulan y reorganizan los tramas de acumulación de capital, fomentando el saqueo y la precarización en el caso de esta región del mundo, específicamente de Ecuador.

¹ Universidad Central del Ecuador. - meysisc@gmail.com , Tel: [0000-0002-9375-7250](tel:0000-0002-9375-7250)

Neoliberalismo y reproducción social: la nueva arena de la lucha de clases²

Ya son varias las investigaciones que atienden el carácter sistémico, ideológico y estructural del neoliberalismo. Como bien se conoce, los fundamentos de la teoría neoliberal datan de mediados del siglo XX, con la publicación en 1944 de “El camino de la servidumbre”, de Friedrich Hayek. Pasará algún tiempo hasta que se descubra que la violencia económica es solo uno de sus dispositivos, y que se le debe reconocer como una “razón” moralizadora (Gago, 2020), un proyecto político de reinención del capitalismo (Harvey, 2004; 2007), que se expresa en estrecha relación con los regímenes tradicionales de la desigualdad: el patriarcado racista, clasista y colonial (MacKinnon, 1987; Cobo, 2005; Fraser, 2014; 2020; De Miguel, 2020).

Parece ineludible la pregunta sobre cómo la lógica neoliberal se instaló en los marcos ideológicos e institucionales, incluso de opciones políticas antagónicas —como los gobiernos progresistas del cono Sur a inicios del siglo XXI o el modelo del Estado de Bienestar en la segunda mitad del siglo pasado—, y el rápido retroceso que devino en materia de derechos y servicios públicos. Lo que conduce a varias interrogantes: ¿A qué responde la sedimentación de las políticas neoliberales? ¿Es posible identificar las prácticas que sostienen y normalizan procesos de profunda violencia estructural, como la precarización, la fragmentación social, la regresión de derechos, la re/articulación de discursos y políticas neofundamentalistas y el crecimiento exponencial, desenfrenado, de la desigualdad? ¿Cuáles son las condiciones históricas que hacen posible la resiliencia del neoliberalismo?

La premisa que nos ocupa sugiere que estas prácticas, así como la racionalidad neoliberal subyacente, están relacionadas con la lucha por la reproducción (Carmenati, 2021). Específicamente, se trata, primero, de cómo la redistribución es un eje esencial en las nuevas derivas sociales, debido una reanimada política de “acumulación originaria” (Federici, 2004; Harvey, 2004; Bonefeld, 2012). De ahí que nos interese enfocar el neoliberalismo desde el concepto de acumulación.

Lo que entiendo como el “imperativo de la acumulación” se expresa en fenómenos tan complejos y variados como el despojo de recursos y territorios, el extractivismo, la privatización de servicios

² Este texto se produce como parte del Seminario De Filosofía Política Y Derechos Humanos En América Latina (Programa Año 2022), del Centro de Investigaciones sobre América Latina y El Caribe (CIALC), de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

sociales, la precariedad laboral, el trabajo forzado y esclavo, la cosificación y mercantilización de la industria sexual, entre otros. Consiste en producir una forma específica de intersubjetividad centrada en el individualismo posesivo (Barcellona, 1999; Macpherson, 2003; 2005) y movida por el mandato de consumir más, acumular de forma creciente, ya sean propiedades y cosas materiales como bienes simbólicos, ideas, información, experiencias. Es un proceso que parece unilateralizar el consumo hacia las mercancías, pero lo que incita concierne directamente al ámbito prescriptivo, al universo de los valores, las normas, las expectativas y los deseos, las relaciones sociales y la propia identidad personal.

En un tiempo marcado por la conciencia del colapso ecológico, la expropiación, la precarización y el despojo garantizan la reproducción de un grupo y de un modelo de vida, es decir, de un conjunto de valores, normas y formas de relacionamiento social. Tomando en cuenta que este proyecto político de reestructuración capitalista se encuentra redefiniendo no sólo el contexto actual sino, y especialmente, las décadas por venir, y que el futuro parece cada vez más peligroso e incierto en un mundo de recursos limitados, donde la acumulación precipitada, inequitativa y gore se extiende *ad infinitum*, parece ineludible hacer frente a este dilema, asumiendo que es nuestra propia sobrevivencia como especie, y la trascendencia de la vida misma –no solo la humana– lo que está en juego. No es menor.

A continuación, sintetizaré sucintamente algunas de las ideas que me confirman el vínculo orgánico entre el imperativo de acumulación neoliberal y la lucha por la reproducción.

[1] Un primer punto concierne a la normalización de ciertos dispositivos neoliberales de regulación y control, que abarcan mucho más que lo económico, a modo de instituciones rectoras del sentido común (Acanda, 2021), con peso singular en los sistemas de representación y referencias: mediaciones a través de las cuáles interpretamos la realidad. El neoliberalismo actúa en el núcleo mismo de las identidades, la construcción del deseo, la orientación de expectativas y modelos, siendo un lenguaje arquetípico a la hora de pensar el mundo y entendernos en él. Este argumento involucra consideraciones especiales, que no será posible abarcar aquí. Baste mencionar la exuberancia de esquemas prescriptivos sobre cómo habitar un cuerpo, ya sea individual o colectivo. Al respecto, la teoría feminista ha recogido abundantes evidencias.

De hecho, la capacidad normativa del régimen neoliberal se sitúa en el centro de las coordenadas actuales de explotación de las mujeres, no solo en lo relativo al trabajo esclavo en maquilas o a la feminización de la pobreza. También en la manera en que se instala una narrativa pública sobre sus cuerpos como materia de “consumo” y objeto apropiable (Ekman, 2017). La industria sexual de la

prostitución y la pornografía y el negocio de los vientres de alquiler son denotadamente ilustrativos. Y es que la sincronía entre la violencia patriarcal y la escalada neoliberal tiene abundantes registros (Fraser, 2014, 2020; Brown, 2017; Cobo, 2015, 2019; Gimeno, 2018; De Miguel, 2020). Un proceso tan radical de reescritura del capitalismo no podía pasar por alto el escenario de desigualdad que el patriarcado ha sostenido durante milenios. La habilidad para instrumentalizar esta historia de dominio y subordinación, de una mitad de la humanidad por la otra, desemboca en una política sexual sin precedentes.

Aparejado, se introduce un régimen de lenguaje extraordinariamente más amplio, que traduce la cosificación de las mujeres en una retórica de la acumulación neoliberal: todo es adquirible, acumulable, expropiable, poseíble, todo puede despojarse. Tanto en la explotación reproductiva como en la compra de un cuerpo la razón neoliberal advierte a la comunidad política, constituciones y convenciones de derechos de las mujeres por medio, que todo se encuentra disponible a la lógica extractivista, que no existen restricciones para la puesta de todo en función del deseo, que esto es “natural” y que puede considerarse un valor reconocible: como en el uso de los términos “emprendedoras sexuales” o “gestación subrogada”. Las reformas neoliberales activan un modelo discursivo. De acuerdo a la situación, se habla de “políticas de austeridad”, o “rescate del sector empresarial”, “crisis fiscal”; pero también, en otros casos, el recurso simbólico usa referentes como: “defensa de la vida de los fetos”, “santidad del matrimonio heterosexual”, “el peligro de la invasión de indocumentados”. Lo que conecta las políticas de austeridad con la penalización del aborto o “la familia original” es la redistribución. La disputa por el control de recursos que son cada vez más valiosos y escasos. Estos son las minas, o los territorios de maquilas, pero también la información, el capital cultural, los cuerpos, la fuerza de trabajo, los comunes, como explican Federici y Caffentzis (2019).

Para el neoliberalismo patriarcal la compra de un ser humano, mujer o niña/o, es solo la expresión de una naturaleza primigenia e incontenible. Con ello se espera naturalizar una transacción que, en sí misma, significa el intercambio de una vida, la adquisición de una persona, el consumo de un cuerpo y la mercantilización abierta e inescrupulosa de todo ello. Desde una perspectiva feminista, y ya desde cualquier punto de posicionamiento antineoliberal y anticapitalista, esta verdad, que a todas luces muestran la industria de la explotación de mujeres y la política sexual neoliberal, habla en voz alta de otras prácticas extractivistas, de la inseguridad alimentaria, la apología de la privatización.

[2] De este modo, la transgresión del límite sobre lo humano es la segunda tesis que confirma el vínculo orgánico entre neoliberalismo y lucha por la reproducción. El poderoso mensaje que hay detrás de “fabricar” un ser humano, comprarlo, supera la lógica tradicional de la explotación capitalista con creces. Se escenifica un tipo de poder sobre la vida que tiene ecos en la teoría foucaultiana, un poder “microscópico” y “biométrico”: la metáfora del paso de las huellas digitales grabadas en tinta a los *software* de reconocimiento facial.

Siendo así que la apropiación de un cuerpo como territorio para producir/acumular valor da paso a procesos complejos, difícilmente discernibles y desplegados a gran escala. Resulta hasta cierto punto elemental, pues asegurar un *continuum* de acumulación *in crescendo* precisa de un sostenido sistema de explotación, depredación, extractivismo, expropiación y precarización; de la desregulación como principio que lo haga viable; del eufemismo y la ambivalencia que implanten la vista gorda ante la destrucción, efecto de la voracidad inducida, del mandato de posesión; y la consecuente eliminación de todo intento de reparto equitativo, diluyendo en el camino aquellos ideales que estorban, como el paradigma de la igualdad.

No es tan fácil implementar semejante sistema en la córnea de las interpretaciones habituales del mundo y, una vez que se logra, será igual de complejo producir una transformación sustantiva. En otras palabras, hay que lidiar con el hecho irrefutable de que el neoliberalismo ha recabado la dirección moral e intelectual, la pauta para establecer un orden de aspiraciones, intereses, visiones del mundo, y nos está ganando la disputa hegemónica, al menos por el momento.

[3] Como tercer punto, cabe precisar que en esta tribuna de prácticas normalizadas se dirime el conflicto democrático, el desacuerdo en torno a cuál sociedad deseamos y qué forma de vida estamos en capacidad de reproducir. En este concierto de tensiones, las jerarquías distancian, con efectividad, unas experiencias de otras, y delimitan, groseramente, el conjunto del valor. Es decir, distinguen, con claridad sepulcral, unas vidas que importan y deben ser protegidas y priorizadas, frente a otras que, en apariencia, tienen menos valía, y se pueden precarizar sin arrepentimiento porque, como afirma Butler (2006), han sido unguadas por una condición deshumanizada. El lugar en que se arbitra este conflicto deviene prescriptivo, pues la totalidad de las relaciones sociales inscritas en el discurso neoliberal hace más que mantener su discurso civilizatorio, el de la “resiliencia”, el emprendimiento y el progreso “posEstado”, posmodernidad, posciudadanía, posigualdad. Lo que nos lleva al cuarto punto.

[4] Entiéndase que la reproducción, en su concepción más amplia, bien puede significar la instauración del deseo como motor de la acción, como espejismo de la realización que, en sí, deriva

en una manifestación productiva del individuo, en su capacidad para “autodeterminarse”. En este caso, se trata de un sujeto “pos-ético”, que es puro hedonismo, pero que puede, o cree que puede, realizarse con inusitada facilidad: solo tiene que dar rienda suelta a su deseo y justificarlo como una necesidad innata, lo que ya impide pensar de qué manera se le construye socialmente.

En esa línea se va instituyendo un manual de acción. La reproducción de unos es la supremacía de sus anhelos, necesidades, modelos de vida, de religión, de familia, sistemas de representación y nociones prescriptivas, todo ello sin atender a la “retórica” liberal clásica sobre los límites de la libertad. De ahí que el neoliberalismo haya secuestrado este término (De Miguel, 2020), trasmutando la limitación de la libertad en el eje de un viejo conflicto político: mi libertad ya no tiene que detenerse en la tuya, solo es válida si me permite satisfacer mis deseos, sin límites, hasta el desbordamiento. El imperativo de la acumulación arbitra sobre la reproducción como “¿nueva?” arena de la lucha de clases, en el sentido en que define Holloway (2004) este concepto.

Quizás la muestra más patética de esto último la encontremos en los movimientos antivacunas durante la pandemia de Covid-19, bajo el estandarte de la “libertad para decidir”, cuando el problema, de orden claramente republicano, era cómo esa decisión personal afectaba al resto desde el más elemental punto de vista sanitario. Un caso de igual perplejidad se descubre en el turismo espacial, con los viajes de SpaceX, de Elon Musk, y Virgin Galactic, de Richard Branson (Forbes, 2022), cuando el mismo Covid-19 profundizaba exponencialmente las brechas de la desigualdad.

[5] En quinto lugar, como se ha indicado, la racionalidad neoliberal encarna, entre otras cosas, el imperativo de acumular capitales (bienes naturales y simbólicos) que, en un contexto de colapso ecológico, se perciben como cada vez más escasos. El espectáculo de un coliseo para la lucha por los recursos que hacen posible la vida, la reproducción. Garantizar el acceso a estos requiere de impunidad y de un nuevo iusnaturalismo justificatorio, con el cual aceptamos la estética *gore* de nuestras urbes inseguras y nuestros campos devastados, como reflejos de una sociedad pauperizada y un planeta agonizante. Así se diluye el proyecto ilustrado de los derechos en el *night club* ruidoso, luminoso y narcotizado del deseo. Sucede que, si la acumulación imperativa pasa por consignar modelos prescriptivos, entonces el neoliberalismo reacciona mucho más que a los estados de bienestar, como se pensó hasta hace poco (Anderson, 2003). La violencia estructural que instaura tiene por objetivo universalizar la razón predatoria del individualismo reactivo y extremo. ¿Por qué este esfuerzo? De la liberalización financiera a los monopolios mineros y agroindustriales, de la disminución de los salarios y la flexibilización laboral a la desaparición de servicios públicos y sanitarios indispensables, del desmantelamiento de las soberanías y la fractura de la democracia

representativa a los escenarios distópicos de pandemias globales, la sobreabundancia de crisis estructurales no logra movilizar una respuesta categórica. Todo lo contrario. Paradójicamente, este estado neurótico de cosas nos ha lanzado al hedonismo, al placer frugal del instante perpetuo, mientras repetimos el fin de la historia y la muerte de los paradigmas (Habermas, 1988; Sánchez Vázquez, 1990). Como reza esa frase viral en redes: “que todo fluya y nada influya”. De lo anterior también se sigue que es la lucha por la reproducción lo que está en la balanza, y el desafío perentorio.

En resumen, y como último punto, [6] hay una biopolítica fraguándose en la redistribución cada vez más desigual de los recursos, paralela a las crecientes evidencias de la fragilidad ambiental. A la par, la crisis de cuidados es una crisis multidimensional, acumulada, sistémica y de colapso socioeconómico y ecológico. Los ecosistemas están cambiando y hemos traspasado ya los límites del planeta. Nos arriesgamos a ir hacia formas de organización donde, como se ha dicho, cada vez menos vidas importen, mientras la precariedad y la degradación de las condiciones de vida se instalen como un nuevo régimen de existencia. En particular, se pone en el centro la pregunta sobre ¿qué implica el avance del neoliberalismo para la sustitución del paradigma feminista de la reproducción y el cuidado, por otro nuevo, dónde la reproducción ya no se piensa en términos de vida colectiva y e/codependiente, sino desde la lógica de la acumulación ilimitada neoliberal?

Que la vida continúe en términos humanos, sociales y ecológicos es un tema crucial, entrelaza las variables de bienestar y vida digna, así como las circunstancias de crisis y desprotección adscritas al cuidado. La crisis sanitaria ocasionada por el COVID-19 ha reactivado otras crisis preexistentes, y la capacidad de respuesta aún está por verse. Esto nos muestra, en lo referente al mapa político, que la disputa por la re/conquista de los derechos humanos se reconoce en el enfrentamiento, cada vez menos evitable, con los autoritarismos, los fundamentalismos, el destierro de la autodeterminación y de la disidencia. En términos globales, se fragua una campaña exitosa para desestabilizar nuestras comunidades políticas: una guerra abierta contra la vida pública, ya instalada. Luego, en el ocultamiento cómplice, territorios como los amazónicos, mineros, de maquilas, fronterizos, racializados, feminizados, de corredores migratorios, periféricos, rurales, indígenas, los narcoterritorios, los huecos negros del Sur, están re/politizados desde prácticas violentas y utilitarias: son la evidencia de cuán lejos puede llegar la deshumanización predatoria y desposesiva, la acumulación por destrucción. Y la sensación que tenemos, incluso en nuestras urbes de neón, es que esta realidad se extiende para encontrarnos desprevenidos, aunque no sin previo aviso.

Bibliografía

- Acanda González, J. L. (2021). El neoliberalismo como ideología y sentido común. *Textos Y Contextos*, 1(23). <https://doi.org/10.29166/tyc.v1i23.3331>
- Barcellona, P. (1999). *Postmodernidad y comunidad. El regreso de la vinculación social*. Editorial Trotta.
- Bonefeld, W. (2012). La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social. *Theomai*, (26). <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12426097011>
- Brown, W. (2017). *El pueblo sin atributos: La secreta revolución del neoliberalismo*. Malpaso Ediciones SL.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.
- Carmenati, M. (2021). Resiliencia del neoliberalismo: cómo diagnosticar una enfermedad autoinmune. En Guerrero, A. L. (coord.): *Empresas transnacionales y derechos humanos: debates desde América Latina*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
- Cobo, R. (2005). Globalización y nuevas servidumbres de las mujeres. En Amorós, C. y de Miguel, A. (eds.). *Teoría feminista: de la Ilustración a la globalización. De los debates sobre el género al multiculturalismo* (265-300). Minerva Ediciones.
- Cobo, R. (2015). El cuerpo de las mujeres y la sobrecarga de sexualidad. *Investigaciones Feministas*, Vol. 6, 7-19. http://dx.doi.org/10.5209/rev_INFE.2015.v6.51376
- Cobo Bedia, R. (2019). El imaginario pornográfico como pedagogía de la prostitución. *Oñati Socio-Legal Series*, 9(S1), S6-S26.
- De Miguel, A. (2012). La prostitución de mujeres, una escuela de desigualdad humana. *Revista Europea de Derechos Fundamentales*, (19), 49-74.
- De Miguel, A. (2020). *Neoliberalismo sexual. El mito de la libre elección*. Ediciones Cátedra.

- Ekman, K. E. (2017). *El ser y la mercancía. Prostitución, vientres de alquiler y disociación*. Bellaterra.
- Federici, S. (2004). *Caliban and the witch: women, the Body, and primitive accumulation*. Autonomedia
- Federici, S. y Caffentzis, G. (2019), *Comunes en contra y más allá del capitalismo*. Pabellón 6 Taller Editorial.
- Forbes. (2022, 6 de junio). Blue Origin de Bezos completa su quinto lanzamiento de vuelo tripulado. Forbes. <https://www.forbes.com.mx/fotogaleria-blue-origin-de-bezos-completa-su-quinto-lanzamiento-de-vuelo-tripulado/>
- Fraser, N., & Rivera, L. (2014). De cómo cierto feminismo se convirtió en criada del capitalismo. Y la manera de rectificarlo. *Debate Feminista*, 50, 131-134. <http://www.jstor.org/stable/44735276>
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Traficantes de Sueños.
- Gago, V. (2020). Lecturas sobre feminismo y neoliberalismo. *Nueva Sociedad*, (290), 34-44.
- Gimeno, B. (2018). La nueva utilidad de la prostitución en el neoliberalismo. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 3 (1), 13-32, <http://dx.doi.org/10.17979/arief.2018.3.1.3077>
- Habermas, J. (1988). La modernidad, un proyecto incompleto. En Foster, H. (Ed.). *La postmodernidad*. Editorial Kairós.
- Harvey, D. (2004). El 'nuevo' imperialismo. Acumulación por desposesión. *Socialist Register*, N° 42, 99-129. <https://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/14997/11983>
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Ediciones Akal.
- Holloway, J. (2004). *Clase=Lucha. Antagonismo social y marxismo crítico*. Herramienta.

- MacKinnon, C. (1987). *Toward A Feminist Theory of the State*. Harvard University Press.
Traducción del Centro de Derechos Humanos, Universidad de Chile.
- Macpherson, C. B. (2003). *La democracia liberal y su época*. Alianza Editorial.
- Macpherson, C. B. (2005). *La teoría política del individuo posesivo. De Hobbes a Locke*. Editorial Trotta.
- Sánchez Vázquez, A. (1990). Radiografía del posmodernismo. *Nuevo Texto Crítico*, 3(2), 5-15.
doi:10.1353/ntc.1990.0004